

**C**UENTO  
VIEJO

*Por*

*Juan Peña Gea*



IMPRENTA MAS CASTELLON

150082792

JUAN PEÑAGUA

---

---

A mi abuelito Enrique  
con mucho cariño  
le dedico este cuento  
su nieto

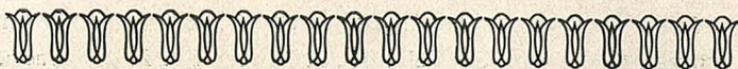
Juan Peña

# CUENTO VIEJO

PREMIADO EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN  
CASTELLÓN CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE LA  
MAGDALENA DEL AÑO 1947, OBTENIENDO EL  
PREMIO DEL SEÑOR DIRECTOR DEL  
INSTITUTO DE ENSEÑANZA MEDIA  
«FRANCISCO RIBALTA»

IMPRESA MAS CASTELLÓN  
CALLE SAN VICENTE, 52  
TELÉFONO 1623





RA víspera de la Magdalena, día de excitación para todos los castellonenses por lo que representa en nosotros el día siguiente.

Castellón 1946; dista bastante materialmente del antiguo Castellón, en el que los vehículos más corrientes para la salida a la Magdalena eran el carro y los pies, pero moralmente es el mismo y dentro de nosotros queda la misma idea, la misma tradición que llevar adelante triunfalmente; pero y danzamos solamente en carro o a pié, pues podemos ver, no si vemos cantidades de autos, camiones, bicicletas, de tal modo que nos preguntamos atónitos: ¿De dónde ha salido esto? no obstante sale de alguna parte, y ayudando a aumentar, pero el número en otra unidad, encontramos a un grupo de jóvenes de ambos sexos que se preparaban para el día siguiente y estaban alquilando un camión.

En el día siguiente que es la Magdalena, los castellonenses cantan, bailan y ríen, pero sin haber ninguna malicia en sus actos, tal y como son las travesuras del niño pequeño. Estos jóvenes habían comprado vino y ellas los ingredientes de una buena paella, para tener un recuerdo no solo mental de la Magdalena, mientras atentos al «no solo de pan vive el hombre», tenían preparada una regular cantidad de vino. El ca-

mión no era regalado, había que pagarlo y con una aportación «voluntaria» que pasara del duro, al fin todo quedó arreglado. Decididamente eran felices porque irían a la Magdalena, se divertirían lo suyo, y a la bajada, cuando ya cansados y polvorientos encima del camión tomasen el camino hacia la capital, aún podrían comentar las incidencias del día y decir: El año que viene tenemos que hacer otra igual.

Poco a poco porque era ya algo tarde fué disolviéndose el grupo y marcharon cada uno hacia su casa con la mente llena de ilusión y dispuestos a oír con resignación las palabras de precaución de sus padres, que seguramente les dirían: Que no bebieran mucho, cuidado no te caigas, y otras frases que ellos dicen siempre en un exceso de amor a sus hijos, pero que éstos no suelen escuchar y piensan: Pero a mí, ¿qué me ha de pasar hombre?

Unas cuantas chicas que se separaron del grupo y vivían hacia la parte del «Rabal de San Félix», se dirigían ya hacia allí y vieron sentado a la puerta de su humilde casita al «agüelo Tomás». Este, sentado en una silla en el portal y vestido a la antigua usanza, o por lo menos no modernamente, pues llevaba pantalón de pana, faja negra y blusa del mismo color, en su aspecto parecía la efigie de un castellonense cuando la gente todavía en su pueblo tenía un pueblo de sencillas costumbres y vida. El «agüelo Tomás» tenía fama en su calle de saber muchas cosas y cosas que la última edición del Diccionario no habían alcanzado a recoger. Se acercaron a él y le saludaron amablemente. Vivía con su hermana y su hijo que era un recio mozo trabajador en el campo por tradición en su «troset» y que también iba al día siguiente a la Magdalena con ellas. El «siñó Tomás» les dió la bienvenida. (El hablaba el valenciano, y ellas le contestaban de igual manera, pero yo pasaré la conversación al castellano como toda la historia.

—¿Vais mañana a la Magdalena?—preguntó él.

—Sí,—contestaron ellas casi a coro—, y su hijo también viene con nosotras y con otros chicos.

—Ah, si va con vosotras, mejor porque ya os conozco, y cuidado no os caigáis, ¿eh?

—No tenga cuidado, ¿qué nos ha de pasar? ¿Justamente

nos hemos de caer nosotras? Y como si esta posibilidad fuera lo más chistoso posible, empezaron a reír esparciendo a todo lo largo de la calle sus risas cascabelinas.

—No os riáis,—dijo el agüelo,—que para que pasen cosas malas no es necesario caerse.

—¡Ay! ¡qué agüelo tan gracioso!,—dijo una de ellas.—¿Y qué mal nos puede pasar si no es el caernos?—dijo una chica.

—Es verdad, nada os puede pasar, por lo menos a vosotras,—dijo pensativo el «siñó Tomás».—Distraeros mañana y ya me lo contaréis.

—Pero que usted no viene?,—dijo una chica,—tenemos un sitio y diez si quiere, de sobra para usted, porque hemos alquilado un camión.

—No, hija mía, no,—dijo el viejo labrador;—yo ya no bailo, ni corro; eso es para vosotras que sois jóvenes.

—¿Pero de verdad no quiere venir?

—Es igual, yo lo he visto muchas veces y además sería un estorbo.

Quedó un poco pensativo y ya iba a decir algo, cuando una chica le interrumpió el comienzo de la palabra, y dijo:

—Oiga, usted ha dicho antes que «por lo menos a nosotras nada malo nos puede pasar». ¿Qué quiere decir con eso? ¿Es que tal vez le puede pasar a otras?

El «siñó Tomás» pareció sobresaltarse un poco y dando un hondo suspiro fijó la mirada en la lejanía como si viese tiempos que ya no podían volver a vivir, y dijo al salir del momentáneo ensimismamiento:

—Verdaderamente he creído que nada os podía pasar, pero «el que hace una hace ciento», no es atributo de uno solo, lo que podía pasarle a media humanidad. Mas es una historia larga, chiquitas, y se hará tarde para la cena. Al fin y al cabo, ¿qué interés podrá tener para vosotras lo que pasó hace tantos años y está olvidado por todos?

Ellas, ante la perspectiva de una nueva historieta, pidieron que se la contara y más aún sabiendo lo bonitos y agradables que solían ser los cuentos y anécdotas del «agüelo Tomás», ante quien se sentaban los chiquillos del barrio para pedirle que les contara cosas, lo que él hacía con facilidad

asombrosa. ¿Dónde había aprendido aquel hombre todo aquello? Parecía cosa de misterio. Ellas insistían en que les contara la historia, pero él, que nunca se negaba a ello, parecía tener poca gana de contarla, y se le veía algo reacio a ello. Al fin pudo más la insistencia de las chicas sobre su voluntad y empezó:

—Es una historia muy vieja que nunca ha oído nadie contar porque nadie ha visto en ella nada misterioso, y los misterios es la única cosa que interesa y atrae al vulgo. Yo he sabido verle el misterio porque tengo un alma grande a diferencia de las almas de tantos que veis que andan por ahí, que son completamente insensibles. Yo confío en que vosotras no tendréis el alma insensible y sabréis apreciar el valor de una historia que puede ser uno de tantos casos vulgares que no se aclaran jamás y se les da una solución arbitraria y al gusto de que se la pide, pero que también puede ser uno de esos misteriosos hechos que dependen de cosas que nosotros nunca podremos alcanzar porque están sobre nuestras pobres inteligencias.

La historia comenzó o se podría comenzar por lo menos en un día como el de hoy, víspera de la Magdalena, en el que todos nos encontramos nerviosos y algo fuera de nosotros mismos, pero que no pertenece a este tiempo sino que ocurrió en.....

\* \* \*

Corría el año 1892. Castellón era entonces menor que ahora, siendo sus casas pequeñas y bajitas en su mayoría, destacando en el centro de la ciudad la torre del campanario que data de 1604, aunque su construcción comenzó en el año 1591 y el templete para la campana del reloj no se terminó hasta 1835.

El Castellón aquel que se divisaba desde lo alto de la torre, nos parecería ahora mucho más pequeño, pero en él estaba también la ilusión por el día de la Magdalena tan grande como ahora y aunque desde los 58 metros de altura de la torre lo veríamos más bajito que ahora, las almas de sus ha-

bitantes eran grandes, muy grandes; en ellos estaba también el más intenso amor a Castellón y en su voluntad el engrandecimiento de la ciudad. Las costumbres eran pausadas y tranquilas; la carencia de cines, espectáculos nocturnos y luz eléctrica, el poco auge de la vida nocturna en una población en la que la mayoría era trabajadora, hacía que casi todos se retirasen pronto a sus casas y después de la cena se acostasen. Pero el día en que empieza esta historia quedó alterada la rutina de esta vida monótona, porque al día siguiente, ¡¡era la Magdalena!! Aunque en este tiempo del que vengo hablando Castellón es en las fiestas un pueblo alegre, que en días como San Pedro, San Juan y San Roque, se vuelca sobre el campo y todos van a pasar el día en su alquería o maset y el que no tiene suele fabricarse una habitación con mantas y cuerdas en sitios como el Pinar, nada puede compararse a la fiesta de la Magdalena en la que participan todos los castellonenses. Los amigos se juntan en grupos y todos marchan en el tercer Domingo de Cuaresma por la carretera de Benicasim y los caminos que siguen su misma dirección como el de San Roc de Canet, hacia la ermita de la Magdalena, la más vieja de Castellón y en la que está representado el antiguo espíritu castellonense. Corre el vino en este día y maravilla ver el aspecto de la colosal romería, en la que todo es bullicio; mientras los carros engalanados trotan en procesión hasta la antigua Castalia. De ésta queda un derruido castillo que, abatido por el tiempo y los años parece contemplar los avances de su antiguo protegido, que ha crecido tanto, tanto, que con su sombra ha ofuscado a su antiguo protector. La ermita blanca y sonriente parece que nos saluda con su campana que pocas veces cesa de tocar en la mañana, mientras bajo, al pie de la colina cientos de personas se mueven en bailes y alegría al son de alguna guitarra o acordeón. Las paradas de cosas que se venden, y luego los clásicos rollos para la vuelta a la ciudad, no pueden faltar. A las nueve llegan en procesión el Clero, Ayuntamiento y Autoridades y la gente que quiere ir detrás; hay traca a su llegada y una misa cantada en el ermitorio con sermón. Viene después la comida y luego, a la tarde se inicia la «torná», quedando al fin sola la Magdalena

hasta el próximo año. Los castellonenses hacemos esto todos los años en conmemoración del traslado de habitación del monte al llano, cuyo permiso fué dado el 8 de Septiembre del año 1251 mientras estaba el Rey Don Jaime en Lérida, a su lugarteniente.

Así se preparaban a hacerlo para el día siguiente un grupo de jóvenes que gozaban en el día de la Magdalena de la mayor libertad y pensaban pasarlo bien al aire y al sol.

Tomás era un joven de familia honrada y trabajadora del campo y era de entre todos el más fuerte y caballeroso, siendo tal vez el ídolo de las mozas del barrio, pero de entre todas solo le importaba a él una más que las demás. Esta muchacha era María, la hija del carpintero, pero por su porte y gracia fácilmente se podría confundir con una reina. También iba al día siguiente a la Magdalena, pero ella no era como las demás. Era joven, de diez y siete años, pero mientras sus amigas que aunque tuvieran tanto dieciseis como veintitres eran no jóvenes sino niñas, ella que tenía un cuerpo joven, poseía un alma especial que no se podía llamar vieja por su inocencia e ingenuidad, pero que era diferente a las de sus amigas en imaginación y extraños deseos. Cuando de pequeñas todas jugaban en su calle al corro o demás juegos infantiles, ella permanecía alejada y apartada, oyendo los susurros del viento sobre las hojas de los árboles. Este es su retrato espiritual y de esta muchacha se había emanado Tomás.

Al día siguiente, preparadas ya todas las cosas, salió alegremente el grupo siguiendo a la romería y llegaron a la Magdalena, allá sobre las once. Subieron arriba a la ermita, donde la campana dejaba sentir su tintineo y gritaron y cantaron, pero María permanecía sola y algo apartada del grupo, escuchando los sordos murmullos del viento al pasar entre las hojas de los algarrobos. Luego bajaron, jugaron los chicos en la rifa de los rollos, ganando unos el codiciado rollo y quedando otros con el bolsillo vacío. Llegó la hora de comer, haciendo las chicas una paella que valía la pena, encontrándose en ella desde el vegetal al volátil, pasando por la serie marina de moluscos, etc., etc., hasta la anguila. Se can-

tó y se rió en abundancia y luego se organizó un baile que comenzó al compás de una guitarra y un acordeón, habiendo aprendido el amo de este último su uso de oído, y tan de oído, por que según averiguaron luego, y fué causa de nuevas y potentes risas, nunca había visto uno a menos de dos metros. El vino no se quedó manco en la fiesta y las botas pasaban de mano en mano, armándose jaleo cuando uno bebía más rato que otro. Después de algunos esfuerzos lograron que probaran las chicas un poco de vino y como bebían de la bota, era causa de nuevas risas la caída de vino por el traje por su inexperiencia en estos asuntos. En fin, todos y todas bebían y bailaban, y todos a la vez se alegraban y reían en este inolvidable día. Solo una de entre todos parecía ajena a lo que la rodeaba, como si todo fuese indiferente y nada realidad, como si fuese un sueño que no hay que hacerle caso, porque puede desaparecer de un momento a otro. Esta era María, que prestaba más atención al ruido de la campana que a los alagos de Tomás y de todos, que estaba más atenta a los ruidos del campo que a los del bullicio del día y que en fin, más fijaba la vista en el paisaje y en el azul del cielo que en el color de aquel día madalenero, en el cual resaltaban los tonos chillones de trajes y banderas, de carros engalanados y donde se movía una abigarrada multitud.

Poco a poco fué decreciendo el gentío y la gente comenzó a desfilar hacia su casa; se fué aclarando el campo y los colores chillones empezaron a desaparecer, al compás que al bajar el sol todo cambiaba de tono y el verde de los algarrobos, antes fuerte y brillante se oscurecía y rebajaba hasta sus menores tonalidades; la tierra, antes caliente y roja, se fué enfriando y su tono fuerte y vivo tomó un tinte más amaratado, mientras por oriente, el cielo adquiría un azul más oscuro en contraste del pastel que una hora antes tenía.

El sol todavía no se había puesto, pero no faltarían para ello más de diez minutos, por lo rojo que estaba, mientras se iniciaba una agradable brisa.

Todavía quedaban bastantes personas en la Magdalena, pero muchas ya se habían puesto en camino y otras se disponían a hacerlo ya.

Todavía los del grupo del que hablamos, se réfan y distraían a su manera, aunque en menor escala que antes, pero mientras estaban todos en el tercer baile que organizaron con los instrumentos que he dicho antes, María se había apartado del grupo y lentamente se alejaba de la Magdalena, no pensando en las alegrías del día, sino completamente ensimismada.

El aire ahora chocaba contra las peñas con más intensidad que antes y parecía susurrarle una y mil historias a su soñador oído, mientras insensiblemente caminaba sin pensar en lo que la rodeaba. Los murmullos y la canción de las hojas, le decían: Yo soy tu único amor; y luego parecía desprenderse un quejido de un breñal al chocar una ráfaga de aire contra él. Luego un susurro parecía decirle: No vuelvas, ven conmigo que mis besos son dulces y suaves, mi contacto es fresco y agradable. Y otra vez parecía escaparse un murmullo en el aire. Otras veces el aire, decía: María, eres bella y hermosa. No mereces vivir en un pueblo enterrada, sígueme que yo saciaré tus deseos. Y un remolino levantaba las hojas a unos metros delante de ella pareciendo marcar el camino.

Ella seguía impasible a todo lo que la rodeaba y continuaba caminando poco a poco, ajena a lo que no fueran las llamadas de la naturaleza. Luego el aire al introducirse en la copa de un árbol, arrancaba una extraña melodía como un lejano sollozo que se partía en una y mil risas para acabar en un hondo suspiro. Y siguió caminando, caminando...

Las muchachas quedaron silenciosas, mudas, como electrizadas, pero al sonar la voz del «agüelo Tomás», el encanto quedó roto y un hondo suspiro se escapó de sus pechos, volviendo bruscamente a la realidad.

—Bueno,—dijo éste,—ya veis hijas mías, que tuve razón al pensar que nada de esto os podía pasar.

Pero dijo una chica:

—¿Qué fué de María? ¿No apareció jamás?

—No —contestó la gruesa voz del «siño Tomás»— nunca se la volvió a encontrar y fué, como dije antes, una historia que puede ser vulgar, pero que yo la recordaré siempre por lo que perdí en ella. Y ahora niñas, id a cenar que se hace tarde, y habéis de acostaros, porque mañana es la Magdalena y tenéis que levantaros pronto.

Resonaron en la calle las voces de ellas al despedirse:

—Buenas noches, «siño Tomás», que pase buena noche.

—Y vosotras mañana un buen día de Magdalena, dijo él.

Y en la calle quedó al despedirse la última y desaparecer en su portal, un murmullo que al fin se extinguió como un suave suspiro.

FINIS CORONAT OPUS

